

*Entre la fe y la guerra, el dilema eterno de Israel.*

# ISRAEL

## HISTORIA DE UNA GUERRA PERMANENTE



Entre promesas bíblicas y resoluciones de la ONU, Israel y Palestina viven atrapadas en un ciclo devastador de violencia política y religiosa. Mientras, la comunidad internacional observa, dividida, incapaz de propiciar una paz duradera en una región marcada por el terrorismo, la guerra y la desesperanza.

## EDUARDO OLIER

SEKOTIA

EDUARDO OLIER

# ISRAEL

*Historia de una guerra permanente*

SEKOTIA

© EDUARDO OLIER, 2024

© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2024

Primera edición: octubre de 2024

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL SEKOTIA • COLECCIÓN REFLEJOS DE ACTUALIDAD

COLECCIÓN REFLEJOS DE ACTUALIDAD

EDITOR: HUMBERTO PÉREZ-TOMÉ ROMÁN

CORRECCIÓN Y MAQUETACIÓN: HELENA MONTANÉ

[WWW.SEKOTIA.COM](http://WWW.SEKOTIA.COM)

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4  
C/8, Nave L2, nº 3. 14005, Córdoba

Imprime: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-19979-53-7

Depósito legal: CO-1729-2024

Hecho e impreso en España-*Made and printed in Spain*

*A los que están  
resistiendo.*

«Vi al carnero que atacaba hacia el Oeste, el Norte y el Sur, y ninguna bestia resistir ante él ni librarse de su poder. Hacía lo que quería, y se engrandeció».

Libro de Daniel (8: 4)

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	11
EL PUEBLO DE LA ALIANZA.....	11
I. UN PUEBLO SIN HOGAR.....	21
II. UNA PATRIA FORZADA.....	53
III. UNA PAZ IMPOSIBLE.....	89
IV. PAZ Y TERRORISMO .....	123
V. DETRÁS, UNA GUERRA DE RELIGIÓN.....	157
VI. EL OTRO LADO DE ISRAEL.....	197
VII. PALESTINA HOY .....	233
VIII. LA CONSTRUCCIÓN DE UN ESTADO PALESTINO.....	271
IX. GEOPOLÍTICA DE UNA GUERRA SIN FIN .....	309
X. VISIONES Y SENTIMIENTOS .....	349
XI. UNA MIRADA AL FUTURO.....	387
BIBLIOGRAFÍA .....	397

# INTRODUCCIÓN

## EL PUEBLO DE LA ALIANZA

*«Toda la tierra hablaba una misma lengua con las mismas palabras. Al emigrar los hombres desde Oriente, encontraron una llanura en la tierra de Senaar y se establecieron allí. Se dijeron unos a otros: “Vamos a preparar ladrillos y a cocerlos al fuego”. Y emplearon ladrillos en lugar de piedras, y alquitrán en vez de argamasa. Después dijeron: “Vamos a construir una ciudad y una torre que alcance el cielo, para hacernos un nombre, no sea que nos dispersemos por la superficie de la tierra”. El Señor bajó a ver la ciudad y la torre que estaban construyendo los hombres. Y el Señor dijo: “Puesto que son un solo pueblo con una sola lengua y esto no es más que el comienzo de su actividad, ahora nada de lo que decidan les resultará imposible. Bajemos, pues, y confundamos allí su lengua, de modo que ninguno entienda la lengua del prójimo”. El Señor los dispersó de allí por la superficie de la tierra y cesaron de construir la ciudad. Por eso se llama Babel, porque allí confundió el Señor la lengua de toda la tierra, y desde allí los dispersó el Señor por la superficie de la tierra».*

Génesis (11: 1-9)<sup>1</sup>

Durante los años setenta del pasado siglo, siendo yo un joven ingeniero que trabajaba en una multinacional alemana, solía poner en funcionamiento muchas instalaciones de control electrónico en grandes com-

---

1 En todo el texto del libro, las referencias de la Biblia proceden de la Conferencia Episcopal Española. *Sagrada Biblia*. BAC (Biblioteca de Autores Cristianos). Madrid, 2010.

plejos industriales en compañía de un colega mayor que yo, el cual era un reconocido experto en el ajuste de aquellos complicados sistemas. Eran tiempos en los que la informática estaba aún por llegar y los computadores de aquellos días se fabricaban con cientos de tarjetas repletas de componentes electrónicos que había que ajustar *in situ*.

Con mi compañero, un ingeniero de nacionalidad alemana, gran conocedor de aquellas técnicas, pasé mucho tiempo de aquí para allá haciendo funcionar grandes infraestructuras en muchas industrias de la Europa de entonces. Además de un renombrado ingeniero electrónico, mi compañero de fatigas profesionales era un gran violoncelista, una afición que compartía con su interés por las tecnologías electrónicas. Sin embargo, aparte de la camaradería que nos unía gracias a la convivencia de tantas horas juntos resolviendo difíciles problemas para que aquellas enormes instalaciones marcharan correctamente, mi amigo alemán tenía otra característica que, al menos conmigo, no eludía: era judío.

Según me contó este entrañable amigo, de niño, con tres o cuatro años, había pasado junto a su madre los últimos días del horror de aquel tremendo campo de concentración de Auschwitz, lo que recordaba ya de mayor intensamente: los miedos, los gritos, el hambre, y tantas otras calamidades venían a su cabeza de manera frecuente. Él y su madre —ya que el padre, también judío, había sido asesinado mucho antes— fueron encontrados por los nazis escondidos en un sótano en Berlín cerca del final de la guerra y, aun así, los llevaron a aquel horrible tormento.

En su ánimo no había odio hacia nadie, ni siquiera hacia aquellos inhumanos carceleros; simplemente recordaba las penalidades de sus compatriotas y, sobre todo, según decía, la enorme tristeza de su madre, con el miedo de no saber lo que pasaría al día siguiente. Guardaba mi amigo, sin embargo, un entrañable recuerdo de ella que, según decía, le cuidaba con un amor que, después de tantos años, siempre le acompañaba.

Cuando estábamos por España, mi amigo solía llamar de vez en cuando por teléfono a mi domicilio y, cambiando la voz, hablando español con acento hebreo, solía preguntar por mí diciendo que me llamaban de la embajada de Israel. Quien atendía la llamada siempre se

sorprendía, pues en aquellos días España no tenía relaciones diplomáticas con Israel. No sería hasta 1986 cuando el presidente del Gobierno, Felipe González, estableciera ese vínculo diplomático. En aquellas épocas de los años setenta del siglo pasado, cercanos al final de una larga dictadura, Franco, quizás por sus relaciones con los árabes, nunca había estimado establecer relaciones con Israel.

Después de unos años en aquella tarea profesional, cambié de actividad, marché a vivir varios años fuera de España, perdiendo el contacto con aquel cercano compañero: alemán de nacionalidad, pero judío en sus más íntimos sentimientos. Desconozco, después de tantos años, qué le habrá sucedido, aunque quisiera imaginarlo como un afa-ble anciano viviendo sus últimos días mientras ejecuta sus piezas favoritas en su querido violoncelo.

La vida, tal como se mueve, nos va llevando por caminos insospechados, en un recorrido lleno continuamente de sorpresas. Lo inesperado parece ser, al menos en mi caso, la tónica fundamental. Y en esas circunstancias, he tenido la oportunidad de contar con amigos judíos y con amigos musulmanes; con el caso sorprendente de que uno de esos últimos dejó su fe original para pasar a practicar la religión cristiana.

Así, viendo las desgracias de unos y otros, en una imposible convivencia en las tierras que pisó Jesucristo, me ha parecido que debería poner el teclado a funcionar y tratar de desentrañar lo que se encuentra detrás de ese permanente conflicto lleno de intereses que, en lo esencial, se hallan fuera de las fronteras de los beligerantes. No se trata, al menos en mi caso, de inclinar la balanza a un lado o a otro, ya que para ese negocio son decenas los que, como se dice en español, «arriman el ascua a su sardina». Más bien, mi ánimo se dirige a considerar —con toda la independencia intelectual de que sea capaz— los porqués del conflicto entre judíos y palestinos, y los intereses de parte que allí se encuentran, anotando, eso sí, alguna referencia más detallada del caso de Israel o, mejor, de los judíos, un pueblo particular desde que Abrán, llamado posteriormente Abrahán, atendió la llamada del Dios único para establecerse en las tierras de Canaán, muy lejos de su lugar de origen en la antigua Mesopotamia.

No deja de sorprender, como digo, el hecho de que un hombre —Abrán—, adinerado para su tiempo, dejara todo y se encaminara con



enorme fe al lejano lugar donde Dios le indicaba. En mi conocimiento es un caso único en la historia. Primero, por tener la convicción de la existencia de un ser único, Dios, que nada tenía que ver con los otros dioses que le rodeaban en su tierra natal. Y, segundo, por tener esa intimidad con Dios que le hacía seguir sin pestañear lo que, según él, le pedía.

Luego vendrían los cristianos a seguir al mismo Dios de Abrahán, aunque, de nuevo, de una singular manera; ya que Dios mismo, para los cristianos, se había hecho hombre en la persona de un judío, Jesús de Nazaret, con el objetivo de que el ser humano no anduviera perdido y supiera cómo relacionarse, por así decirlo, de tú a tú, con el mismo Dios. Más tarde, el profeta Mahoma pasará a adorar al Dios único, aunque, esta vez, de manera diversa a judíos y cristianos. Una circunstancia que, en mi personal visión, se encuentra, con frecuencia, en la base de las guerras y los conflictos que han existido y existen, y que luego veremos. Tres religiones monoteístas, las únicas en el mundo, que han vivido múltiples confrontaciones, no solo entre ellas, sino también en su seno.

Pero volviendo a los judíos, sigue sorprendiendo, al menos a mí, su propia historia. Una historia que merece un breve comentario como antecedente de lo que diremos más adelante.

La Biblia no es, evidentemente, un libro de Historia; sin embargo, tiene muchos datos que no tendría sentido obviar. Esto nos lleva al Génesis, a Abrán cuando salió de la ciudad de Ur al lado del río Éufrates —en lo que hoy es Irak— hacia la tierra de Canaán con su familia (iba su padre con ellos). Y es allí cuando Dios le dice que abandone a su padre y vaya con su mujer y la familia de su sobrino Lot hacia otro lugar que la Biblia denomina la región de Siquén (o Siquem) en la actual Cisjordania. Abrán hizo en ese sitio un altar a Dios, al Señor, y siguió hacia las montañas para arribar a un lugar que la Biblia denomina Negueb, emplazamiento que, al parecer, está identificado arqueológicamente; siendo bien conocido el desierto del Néguev que se sitúa hoy al sur en el actual Estado de Israel.

El caso es que Dios, o como dice la Biblia, el Dios Altísimo, le comunica a Abrán que será el padre de un inmenso pueblo, sellando una alianza con él, y por eso le cambia el nombre a Abrahán, que, según

se dice, significa «padre de una multitud de pueblos»; cosa que, desde luego, ha sucedido, pues las tres religiones monoteístas consideran a Abrahán como el padre de la fe que profesan.

Aunque no se conoce con exactitud, se dice que Abrahán vivió entre el 1500 y el 2000 antes de Cristo. Toda una historia que lleva a los judíos a considerarse miembros de un pueblo milenario que los enlaza con el mismo Dios Creador. Un hecho que, sin duda, hace a este pueblo extremadamente singular en el contexto de la raza humana.

Después vendrán los sucesores de Abrahán estableciéndose en las tierras de Canaán; nombre que, siglos después, cambiarían los romanos para denominarlo Palestina, tal como hoy lo conocemos. Una franja de tierra que se encuentra entre el mar Mediterráneo y el río Jordán, lugar también conocido como el Creciente fértil. Un pueblo —volviendo a los judíos— que, con sus vicisitudes, era el pueblo de la Alianza con Dios, lo que la Biblia reitera una y otra vez. Un Dios en alianza con los primeros patriarcas, Abrahán, Isaac, y Jacob, que los judíos denominarían, a partir de Moisés, YHWH (Yahveh, Jehová), el Dios único, el Dios que protegía a ese pueblo elegido por él.

Con Moisés se inicia el Éxodo de los judíos desde Egipto hacia su antigua tierra, a Canaán. Guerras y más guerras mantuvieron los judíos con los que allí vivían hasta consolidarse de nuevo en lo que consideraban de su propiedad. Sin embargo, en lo que toca a este libro, lo relevante tiene que ver con las vicisitudes de un pueblo cuyo origen, en alianza con el Creador (con el Dios único), les hace, en nuestra opinión, singularmente distintos. Y de esa diferencia y de su singularidad nacen también los rechazos y los odios casi permanentes hacia él. Un pueblo nómada, asentado en múltiples lugares, rechazado casi siempre allá donde se encontrara que, desde que fuera destruido por los romanos en el año 70 de nuestra era, tardó dos mil años en volver, mediado el siglo XX, a lo que consideraban su casa, a Israel, a la tierra de Canaán.

Y esa vuelta, forzada por las grandes potencias, especialmente Estados Unidos, con la anuencia de muchos más (incluida la Rusia soviética), se llevó a cabo en un lugar donde ya habitaban desde hacía cientos de años otras gentes, que vieron sus derechos conculcados sin que nadie les consultara. Nada pudieron opinar, pues las decisiones que

se tomaron en Naciones Unidas el 29 de noviembre de 1947 eran de obligado cumplimiento. Unas decisiones forzadas por los países más fuertes, toda vez que Gran Bretaña, que controlaba la zona desde 1917, había decidido abandonar el lugar.

La centésimo vigésima octava reunión plenaria de Naciones Unidas aprobó por treinta y tres votos a favor, trece en contra y diez abstenciones, la creación de un nuevo Estado que hoy, casi ochenta años después, sigue sin tener la aceptación de sus vecinos y de muchos otros países; habiendo sido la causa de guerras, de terrorismo y de mucho sufrimiento, dentro y fuera de sus fronteras. Con la circunstancia de que aún sigue siendo la piedra de toque de un orden mundial cada vez más fragmentado que, pasando por Oriente Medio, busca reordenar la geopolítica global en las múltiples guerras de poder que se dan continuamente fuera de aquel escenario, con especial singularidad en la frontera de Europa con Rusia y en otras zonas del mundo que están a punto de explotar si es que no han explotado ya.

Es interesante ver quiénes estuvieron en contra en aquella importante decisión de Naciones Unidas. Entre ellos, dieron su negativa países como la India o Grecia, así como la mayoría de los vecinos del nuevo Estado israelí: Egipto, Irán, Irak, Líbano, Siria, Turquía, Yemen, y Arabia Saudí. A lo que habría que sumar las abstenciones de China o México (sin contar la referida del Reino Unido), por poner varios ejemplos. Hay que decir que, seguramente, de aquellos polvos vienen, y han venido, esos múltiples lodos, los de ayer y los de hoy.

De esto trata el libro que, usted, lector, tiene en sus manos. Estas páginas no toman partido en favor o en contra de nadie. Como hemos dicho, ya lo hacen otros. Sin embargo, pretendemos ofrecer un instrumento de reflexión para entender lo que sucedió, ver quiénes tienen sus intereses en que el resultado final vaya en una o en otra dirección, a la vez que este difícil discurso nos impulsa a reflexionar para tratar de descubrir lo que sería más justo en ese complicado escenario.

Como se puede ver, esta no es una obra enciclopédica. Se trata simplemente de un ensayo que busca entender lo que es y ha sido el pueblo judío, considerando también que, durante cientos de años, estuvo perseguido y vituperado por muchos. Entendiendo que, en nuestra opinión, ha sido su hecho religioso lo que conforma una actitud social

muy diferenciada, y lo que ha suscitado esas enormes animadversiones en otros pueblos y en otras creencias.

El Holocausto hitleriano fue la piedra de toque que vino a golpear las conciencias de Occidente a fin de buscar una solución a tantas desgracias humanas. Si bien, fueron las estrategias coloniales que ya no interesaban ni a Inglaterra ni a Francia, las que forzaron una solución en contra de otros pueblos, cuyos derechos fueron sin duda trasgredidos. Desde el principio, unos se defendieron de lo que entendían que era un atropello, y los recién llegados lo hicieron a su manera para no ser nuevamente masacrados. Defensas que pasaron a ser ataques muchas veces con enorme agresividad. Lo que en su origen podría haber sido, bajo las oportunas negociaciones, la construcción de dos naciones en convivencia se ha vuelto hoy un problema irresoluble.

Es preciso constatar además que el nuevo fenómeno del terrorismo ha venido a complicar aún más la situación. La obligación de conocer a Dios impuesta por el Corán —ese «esfuerzo en el camino de Dios» tal como se define—, ha tomado una dirección que, en muchos casos, se torna extremadamente violenta. Del islam como una de las tres religiones monoteístas, se ha pasado a un fundamentalismo agresivo, muy alejado de la religión que estableció el Profeta.

A partir del inicio de este siglo, con los ataques a las Torres Gemelas en Nueva York, la yihad islámica se ha convertido en una amenaza para la seguridad global. Desde su epicentro en Afganistán, Irak, el Líbano o Siria, ya fueran Al Qaeda o el Daesh, los fundamentalistas islámicos han defendido su ideario de maneras violentas y extremistas; lo que bien se conoce en Europa, así como en el Cuerno de África o en la zona del Sahel y, por supuesto, en Palestina y su entorno más próximo. Un yihadismo extremo de características globales que viene sustentado por intereses económicos y políticos desde países bien conocidos. Donde tampoco son ajenas las actitudes de otros países de corte occidental. Una situación que, si bien pudiera tener un origen religioso de exclusión social, se enmarca hoy en unos criterios de poder en contra del orden internacional establecido. De ahí que el problema palestino-israelí no sea ajeno a este fenómeno destructivo, que no busca la concordia, sino todo lo contrario.

En los capítulos que siguen, no obviaremos este problema, como tampoco el hecho de que existe una forma de sionismo global que lleva la confrontación mucho más lejos de las fronteras donde se ubica el problema principal; es decir, en Israel y en Palestina, un cruce de caminos de la geopolítica global.

Son también hoy múltiples las voces que reclaman la creación de un Estado palestino como si eso fuera el *bálsamo de Fierabrás* del que hablara Cervantes en el Quijote. Aquellos ungüentos terapéuticos que todo lo podían para calmar los dolores que sufría el bueno del protagonista de la novela o, incluso, su fiel escudero. Existiendo también otros analistas que, dados a la inventiva, proponen la creación no solo de un nuevo Estado, sino de dos o tres.

En conclusión, nos parece que el problema crónico que existe en aquella zona donde no se encuentra un acomodo, sale de aquellas fronteras y constituye, como decimos, un problema geopolítico de orden global, en el cual una nueva izquierda internacionalizada busca sin descanso nuevos argumentos para crear luchas de clases en el seno de las sociedades donde ponen sus objetivos; sin olvidar que, en paralelo, continúa de manera permanente una lucha geopolítica por dominar el espacio económico y político mundial en este siglo.

De esto tratan, amable lector, las páginas que siguen. Un texto que tiene como colofón una reflexión sobre el hecho de que todos hablan constantemente de paz, cuando, en realidad, todo indica que nadie la quiere realmente. Se trata de luchas de poder que se perciben en lo más cotidiano y en lo más global. Un contexto que viven en primera persona, de un lado, el *pueblo de la Alianza* y, de otro, el pueblo palestino que suele dejarse de lado en esas luchas de poder.

Y, antes de que el lector se introduzca en las páginas que siguen, permítaseme una última observación. Escribir sobre un tema de tan enorme complejidad y de seculares enfrentamientos, traerá sin duda opiniones encontradas. Por este motivo, este autor, humildemente, ha decidido escapar en lo posible de opiniones meramente personales, y hacer un relato basado en datos y, fundamentalmente, en análisis de terceros, ya fueran de un signo o de otro. Con esto, en mi opinión, aquel que se acerque a estas páginas podrá sacar sus propias conclusiones fuera de interesadas ideologías, tan propias de la época que vivi-

mos, según las cuales, quien no está a favor de una postura, estará en contra, sin atender a la verdad de los hechos, única guía para lograr ser intelectualmente independientes. De ahí los cientos de referencias que se han incorporado en el texto, y que el lector podrá consultar por sí mismo, para decidir después lo que considere más conveniente. Gracias por su comprensión.

Madrid, 2024

# CAPÍTULO I

## UN PUEBLO SIN HOGAR

*«El Señor dijo a Abrán: “Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti una gran nación, te bendeciré, haré famoso tu nombre y serás una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan, y en ti serán benditas todas las familias de la tierra”».*

Génesis (12: 1-3)

JUECES, REYES, Y PROFETAS · LUCHAS SIN CUENTO · EL PRIMER EXILIO ·  
HERODES EL GRANDE · ROMA IMPONE SU LEY · LA REBELIÓN DEL 66 A. C.  
PERSECUCIONES Y OPRESIÓN · DIÁSPORAS · EL ODIOS CONTRA LOS JUDÍOS ·  
UN ÁRABE LLAMADO LAWRENCE DE ARABIA · SURGE BEN-GURIÓN ·  
HITLER, LOS NAZIS Y EL HOLOCAUSTO · ¿QUÉ HACER CON LOS JUDÍOS?  
PALESTINA ES ÁRABE · NACIONALISMO PALESTINO ·  
¿QUÉ HACER CON LOS ÁRABES DE PALESTINA?

Como dijimos antes, la Biblia no es un libro de Historia, aunque contiene historias que se entrelazan con la Historia real. Se trata de un libro esencialmente religioso, a veces, de difícil comprensión; aunque Dios siempre está presente en el devenir del pueblo elegido por él. Sin la permanente presencia de Dios, nada sería comprensible en la Biblia ni lo que ahí se relata.

Empezó con Abrahán cuando tenía, según se dice, setenta años. Pues a partir de ahí, con una marcha de más de mil kilómetros con los suyos hacia la tierra prometida por Dios, un pueblo semita como los demás, que, como ellos, adoraba a múltiples dioses locales, se separa de

esta tradición, y su vida, desde entonces, vendrá marcada por sentirse instrumento de un único Dios, con el cual mantendrá una constante comunicación. Aunque para decirlo todo, la creencia en un Dios único, de acuerdo con la Biblia, comenzó con el origen del mundo<sup>2</sup> —aparte de la expulsión de Adán y Eva del paraíso<sup>3</sup>—, siendo con Noé y el diluvio universal cuando se concreta esa alianza de Dios con su pueblo<sup>4</sup>.

Desde la llegada de Abrahán a la tierra de Canaán, los judíos se verán inmersos en guerras sin cuento para hacerse con aquellos territorios, yendo a Egipto cuando aparecían hambrunas, para volver a instalarse en Canaán después de una marcha de cuarenta años por el desierto al mando de Moisés, organizándose según las tribus de los hijos del patriarca Jacob, nieto de Abrahán.

Moisés, un relevante egipcio, dirigirá al pueblo judío hacia la tierra de donde salió. Siempre, según la Biblia, bajo las indicaciones que Dios le iba dando durante el camino, incluidas las leyes que había que cumplir. Así lo comunica en una ocasión: «Hoy el Señor, tu Dios —le dice Moisés al pueblo—, te manda que cumplas estos mandatos y decretos<sup>5</sup>. Acátalos y cúmplelos con todo tu corazón y con toda tu alma. Hoy has elegido al Señor para que él sea tu Dios y tú vayas por sus caminos, observes sus mandatos, preceptos y decretos, y escuches su voz. Y el Señor te ha elegido para que seas su propio pueblo, como te prometió, y observes todos sus preceptos. Él te elevará en gloria, nombre y esplendor, por encima de todas las naciones que ha hecho, y serás el pueblo santo del Señor, tu Dios, como prometió»<sup>6</sup>.

También Moisés nombrará un grupo de jueces para que se encarguen de dirimir los conflictos cotidianos durante la marcha por el desierto. A su muerte, Josué acaudillará al pueblo para conquistar la tierra prometida. Un personaje que algunos entienden que aparece tam-

---

2 Libro del Génesis. *Creación del cielo y de la tierra*. Génesis (1: 1-31; y 2: 1-4).

3 Génesis (2: 1-25; y 3: 1-24).

4 Génesis (6: 9-22) y capítulos 7, 8, y 9.

5 Se refiere Moisés a los «mandatos y decretos» que les ha ido indicando en los capítulos anteriores del Deuteronomio después de alertarles para la conquista de Transjordania y de Cisjordania. En concreto, Moisés comunica esos decretos al pueblo a partir de los capítulos 5 y 6 del Deuteronomio.

6 Deuteronomio (26: 16-19).



bién en el Corán cuando se dice: «Dos de sus hombres<sup>7</sup>, temerosos de Alá, a quienes Alá había agraciado, dijeron: “Entrad contra ellos por la puerta. Una vez franqueada, la victoria será vuestra. Si sois creyentes, ¡confiad en Alá!”»<sup>8</sup>.

No obstante, no todo era seguir las indicaciones de Dios. En múltiples ocasiones, los judíos volvieron con frecuencia a adorar a distintos ídolos —los *baales*, dice la Biblia—, lo que les traía enormes desdichas, pues acababan, por lo general, derrotados en las múltiples guerras que mantenían, siendo después esclavizados por los vencedores. A partir de Josué, habrá otros jueces, algunos muy conocidos, como pudieron ser Gedeón o, también, Sansón, que acabó con numerosos filisteos derruyendo con su fuerza el templo donde se encontraban.

Nuevamente, será Dios, por medio del profeta Samuel, quien recomienda, ante la insistencia del pueblo, el establecimiento de un reino, que comenzará con Saúl, al que seguirá David, bien conocido por haber derrotado con su honda al gigante filisteo Goliat. Y en todo momento, surgirán profetas para guiar al pueblo según Dios les indicaba. Lo que no sucedía siempre pues, como decimos, los israelitas se apartaban con frecuencia de las indicaciones divinas.

Guerras y más guerras serán la tónica del pueblo judío; llegando el caso de que, tras la muerte de Salomón, hijo del rey David, el país quedará dividido entre el reino de Israel y el de Judá. Un hecho que, como es habitual en la Biblia, será Dios quien lo decida. Así se comenta en el primer Libro de los Reyes cuando, ya viejo, Salomón se desvió de los mandatos del Señor, siguiendo a Astarté, diosa de los sidonios, y a Milcón, dios de los amonitas, separándose de la fidelidad que su padre, David, había mantenido con Dios. No contento con aquello, Salomón edificó un altar a Camós, otro dios extraño a Israel, y permitió que su mujeres «quemaran incienso a sus dioses». De manera que Dios dijo a Salomón: «Por haber actuado así y no haber guardado mi alianza y las leyes que te ordené, voy a arrancar el reino de tus manos y lo daré a un

---

7 Según se dice, esta Sura de El Corán hace referencia a Josué y a Caleb, un personaje bíblico citado también en el Deuteronomio (1: 36). Para las referencias de El Corán, se utiliza en este libro el texto de *El Sagrado Corán* en idioma español de Julio Cortés. Biblioteca Islámica «fátimah Az-Zahra».

8 El Corán. Sura (5: 23).

siervo tuyo. Pero no lo haré en vida tuya, en atención a tu padre, sino que lo arrancaré de manos de tu hijo. Tampoco le arrancaré todo el reino, en atención a David, mi siervo, sino que daré a tu hijo una tribu en consideración a Jerusalén, a la que he elegido»<sup>9</sup>. Esta fue la causa, según la Biblia, de la división del reino judío en aquel tiempo.

Sequías y hambrunas mostrarán el final de aquellos reinos que, además, se encontrarán con la oposición de un eximio profeta, Elías, que les reprochará su actitud idolátrica. A lo que seguirán las guerras con los asirios, para llegar, tiempo después, el rey de Babilonia, Nabucodonosor, que destruirá Jerusalén y el templo construido por Salomón. De nuevo el exilio, la esclavitud, y la dispersión del pueblo en Babilonia. Sucedió entre los siglos IX al VI a. C. Tiempos de muchos años de desdichas para los judíos.

En el año 63 a. C., Roma, por medio del cónsul romano Pompeyo, conquistará Palestina, una tierra que había formado parte del Imperio de Alejandro Magno, perdida por los judíos desde la conquista de los babilonios. Después de la llegada de los romanos, reinará en Israel, bajo su poder, Herodes el Grande, que reconstruirá el templo. Tiempo bien conocido por los Evangelios, pues será, con el nacimiento de Jesucristo, gobernando Roma el emperador Augusto, lo que se entiende como la «plenitud de los tiempos».

El caso del rey Herodes, aparte de lo que refieren los Evangelios al respecto de su crueldad (matanza de los inocentes<sup>10</sup>), es interesante desde la óptica política, o incluso geopolítica, pues se puede ver una cierta conexión con la actualidad, principalmente con el gobierno judío en Palestina, que tenía una extensión similar a la actual, incluyendo los pueblos limítrofes (Mapa 1.1).

Herodes nació alrededor del año 73 a. C. al sur de Palestina, donde se encontraba Alejandra, reina de Judea, que pertenecía a la tribu de los asmoneos<sup>11</sup>. Una mujer casada primero con Aristóbulo, hijo de un tal Hircano, conquistador de la zona sur de Palestina (Idumea). Hircano practicaba la religión judía, creencia que obligó a seguir a su pueblo.

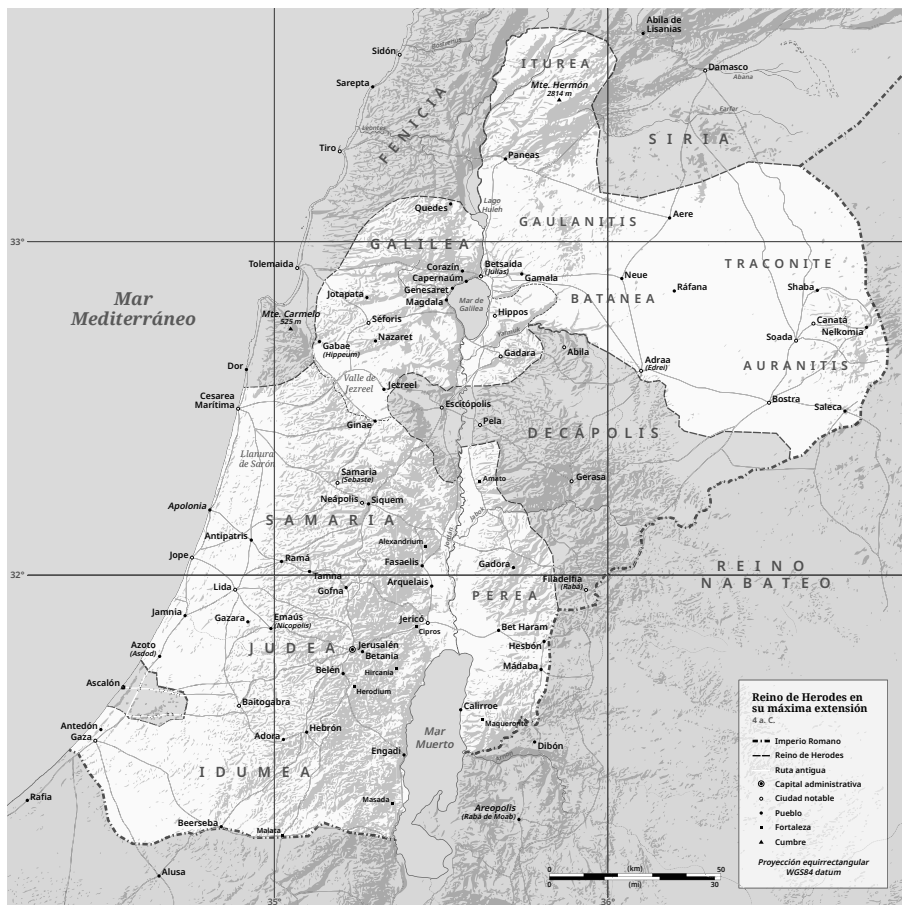
---

9 1 Reyes (11: 11-13).

10 Mateo (2: 13-18).

11 S. Perowne. *The Life and Times of Herod the Great*. Hodder and Stoughton. Londres, 1956. Pág. 17.

Luego Alejandra se unió al otro hijo de Hircano, Alejandro, 15 años más joven que ella, que murió debido a sus múltiples excesos. A su muerte, Alejandra rigió a sus 64 años aquel Estado. Uno de los hijos de Alejandra, de nombre, igualmente, Hircano, fue elegido Sumo Sacerdote, apoyándose en un idumeo de nombre Antípatro, que sería el padre de Herodes el Grande<sup>12</sup>.



Mapa 1.1.- Reino de Herodes el Grande.

12 *Ibid.* Págs. 18-19.

En aquellas zonas habitaban también otros pueblos, como eran los edomitas<sup>13</sup>, igualmente árabes y enemigos de los judíos, que ocupaban la zona sur de Judea cerca del Mar Muerto, llegando hasta Áqaba, en la zona norte del Mar Rojo, donde miles de años después caerían otomanos y alemanes durante la Primera Guerra Mundial. La historia de Lawrence de Arabia lo cuenta con detalle.

Por allí se encontraban también los moabitas, al igual que otras tribus al norte del Desierto de Arabia. Un conglomerado de pueblos árabes que, como en la era contemporánea, estaban continuamente en conflicto con los judíos. Aquellos pueblos venían de múltiples zonas de Oriente Medio, como fueron los acaudalados nabateos, que controlaban las rutas comerciales de entonces, llegando hasta el actual Yemen o a la hoy turística Petra, entonces el centro del comercio de las especias.

El padre de Herodes, Antípatro, se casó con Cipro, una mujer del pueblo nabateo. De esta unión nacieron cuatro hijos y una hija, una tal Salomé que sería la abuela de otra mujer del mismo nombre que, según los Evangelios, fue la que le pidió a Herodes, por deseo de su madre, Herodías, que le entregara la cabeza de Juan el Bautista<sup>14</sup>. Herodes fue el único de los hijos de Antípatro que no llevó nombre judío, sino griego, en tanto que Herodes, según se dice, significa *heroico*, «canto al héroe».

Es preciso, no obstante, volver años atrás cuando Roma luchaba con Cartago durante las guerras púnicas, a la que terminó por destruir en el año 146 a. C. Sin embargo, aunque las legiones romanas se encontraban cerca de Palestina, rehusaron entrar en nuevas guerras por la zona; si bien, cuando el rey de Pérgamo (localidad situada en la actual Turquía) aceptó el vasallaje de Roma<sup>15</sup>, las posesiones romanas en Asia Menor aumentaron significativamente, lo cual acabó por llevar Palestina a las manos de Roma, evitando así los múltiples con-

---

13 Eran los descendientes de Esaú (Génesis, capítulo 36), hijo de Isaac que vendió su primogenitura a Jacob, cuando le dijo: «*Esaú dijo a Jacob: Dame un bocado de ese potaje rojo, pues estoy agotado. Por eso se lo llamó Edón*» (Génesis 25: 30); potaje que Jacob cambió por los derechos de primogenitura de su hermano Esaú (Génesis 25: 31-34). Edom en hebreo significa «rojo», de ahí que Esaú, se le dice «Rojo» por el color de sus cabellos; término que, en griego, se denomina *idumea*. De manera que edomitas e idumeos vienen a coincidir.

14 Mateo (6: 17-28).

15 S. Perowne. *Op. cit.* Pág. 28.

flictos que había entre unos y otros: macabeos, saduceos, fariseos e, incluso, armenios. Una situación que se asemeja de alguna manera a las disensiones que siempre han existido entre los pueblos que han ocupado esa región.

Finalmente, el año 41 a. C., en tiempos del emperador Tiberio, Herodes será nombrado tetrarca de Galilea, para ser, posteriormente, nombrado rey de Judea por el Senado romano ese mismo año. El reino de Herodes quedaba, sin embargo, supeditado a Roma en las decisiones que pudieran afectar a las leyes o a la política romana de la zona<sup>16</sup>.

Durante todo el transcurso del dominio romano en Palestina, iniciado desde los tiempos de César<sup>17</sup> para finalizar en el año 135, el país (que pasó a llamarse Judea e integrarse en Siria en tiempos del emperador Adriano) constituyó una provincia romana a cargo de un gobernador. Poncio Pilato, por ejemplo, fue nombrado para el cargo por el emperador Tiberio en tiempos de Jesucristo. Según se dice, a Pilato se le reemplazó en el año 36 después de unas luchas con los samaritanos, conocidos enemigos de los judíos. Unas acciones que no resultaban nada extraño, pues los mismos judíos se habían sublevado en contra de los romanos en múltiples ocasiones.

Será en el año 66 cuando por cuestiones de índole religiosa entre judíos y griegos se organice una enorme revuelta. El historiador Flavio Josefo narra estos conflictos en sus *Guerras de los judíos*<sup>18</sup>. Allí llegaría el general Vespasiano enviado por Nerón a sofocar el tumulto. Después, ya emperador, Vespasiano enviará a su hijo Tito para terminar con los levantiscos judíos. Josefo concluye así su historia: «Para maravilla grande y espanto de todos quise sacar aquí el número de todos los judíos que murieron en estas guerras y final destrucción, que declarados, vienen a ser todos la suma de un recuento, cuatrocientos veinti-

---

16 Hay que recordar que, en los Evangelios, los judíos no podían crucificar a Jesucristo ya que no les estaba permitido matar a los ajusticiados. Las sentencias, en este sentido, eran prerrogativa de los romanos. Así se cuenta que, estando Jesucristo enfrente de Pilatos, cuando le habían llevado allí los judíos para que fuera juzgado, se produjo esta conversación: «Pilatos les dijo: “Lleváoslo vosotros y juzgadle según vuestra ley”. Ellos dijeron: «No estamos autorizados para dar muerte a nadie”» (Juan 18: 31-32).

17 *Ibid.* Pág. 43.

18 Flavio Josefo. *Guerras de los judíos y destrucción del templo y ciudad de Jerusalén*. Editorial Iberia. Dos volúmenes. Barcelona, 1983.

cinco mil seiscientos y treinta, los cuales murieron por la fuerza de las armas, por el fuego, por el hambre, y por la pestilencia»<sup>19</sup>.

La ciudad de Jerusalén y el templo de Salomón (como ocurrió el 586 a. C. cuando su destrucción a manos de los babilonios) serán totalmente devastados. En el año 70, del templo nada quedará en pie, solo se mantendrá el Muro de las Lamentaciones, sagrado lugar del judaísmo hasta hoy. A partir de la caída de Jerusalén se inicia una enorme diáspora y miles de judíos serán vendidos como esclavos. Otra vez, como tantas veces en su historia. Sin embargo, el año 135, se intentará una nueva revolución en contra de los romanos dirigida por un tal Bar Kojba. Los judíos serán nuevamente derrotados, prohibiéndose su entrada en Jerusalén<sup>20</sup>.

Luego, a medida que se expandía el cristianismo, tanto en Occidente como en Alejandría, comenzaron otras masacres, lo que llevará, hacia el año 500, a medida que el Imperio de Roma decaía, a reducirse la población judía en el Mediterráneo alrededor de la mitad<sup>21</sup>. Una época que, sorprendentemente, se compensará con una actividad cultural y religiosa muy relevante. Es entonces cuando aparece, por ejemplo, el Talmud (hacia el año 400) con sus reglas éticas, leyes e instrucciones, que trataban de clarificar algunos de los aspectos instituidos en la Mishná, fijada alrededor del año 200. La Mishná es considerada como la Torá oral. El Talmud, por su parte, pondrá por escrito lo indicado en la Torá. Se trata de una compilación de los cinco primeros libros de la Biblia hebrea, donde también se refiere lo que Dios le dijo a Moisés al ser preguntado quién era: «... Si ellos me preguntan —dice Moisés a Dios—: “¿Cuál es su nombre?”, ¿qué les respondo? Dios dijo a Moisés: “Yo soy el que soy”<sup>22</sup>; esto dirás a los hijos de Israel: “Yo soy” me envía a vosotros»<sup>23</sup>. Queda así establecido en la Biblia que Dios, el único Dios, es el hacedor de todo: de lo visible y lo invisible.

---

19 *Ibid.* Pág. 254.

20 Y. Harkari. *The Bar Kokhba Syndrome. Risk and Realism in International Politics*. Rossel Books. Nueva York, 1983. Pág. 25-85.

21 N. Cantor. *The Sacred Chain. A History of the Jews*. Fontana Press. Londres, 1996. Pág. 79-81.

22 «Yo soy el que soy»: *Ehyeh Asher Ehyeh*, en lengua hebrea. Uno de los versos más característicos de la Torá.

23 *Éxodo* (3: 13-15)

A partir del año 70 de nuestra era, los judíos se dispersan fuera de su tierra por muchos lugares del Mediterráneo, con épocas de gran actividad económica y cultural. En general, en aquellos días, las sinagogas estaban abiertas y podían practicar su fe sin cortapisas.

La aparición del islam, en principio, no fue ningún problema para los judíos, en tanto que esta nueva religión tenía su misma raíz. Abrahán estaba también en el origen del islam. Lo mismo sucedía con los cristianos. En España, por ejemplo, antes de su expulsión en 1492, los sefardíes —judíos que vivían en la Península ibérica— convivían sin trabas con musulmanes y cristianos. Sirva de ejemplo la ciudad de Toledo como paradigma de esas tres culturas de Sefarad, tal como denominaban los judíos a la península Ibérica: una triple cultura de judíos, cristianos, y musulmanes.

No obstante, al ser considerado Mahoma el mayor de los profetas, para resaltarlo, el Corán muestra su desprecio a judíos y cristianos: «¡Creyentes! No toméis como amigos a los judíos y a los cristianos. Son amigos unos de otros. Quien de vosotros trabe amistad con ellos, se hace uno de ellos. Alá no guía al pueblo impío»<sup>24</sup>. Lo que viene a demostrar quizás el fundamento religioso existente en las desavenencias de los musulmanes con los judíos. Maimónides es un ejemplo de persecución musulmana. Un hostigamiento que no se detenía ante nadie, incluso habiendo sido este sabio judío médico personal del ministro principal del sultán de Egipto<sup>25</sup>.

La diáspora llevó a algunos judíos hasta la India, llegados allí por su asentamiento previo en Portugal a inicios del siglo X; aunque, poco a poco, fueron perdiendo, en general, la idea de que Dios intervenía en su favor. Por esa época, el pueblo judío no contaba sino alrededor de dos millones de almas desperdigadas por aquí y por allá<sup>26</sup>.

En España, los ataques contra los judíos comenzaron mucho antes de su expulsión. En 1378, por ejemplo, un tal Ferrand Martínez, arzobispo de Écija, exigió que se destruyeran las 23 sinagogas que había en la ciudad, moviéndose además por Andalucía para que no se dejara

---

24 *El Corán*. Sura (5: 51)

25 N. Cantor. *Op. cit.* Pág. 177.

26 N. Cantor. *Op. cit.* Pág. 133.

residir a los judíos en sus pueblos<sup>27</sup>. En Aragón sucedieron casos similares, mientras que, en toda España, las autoridades miraban para otro lado. En el siguiente siglo surgió la idea de que los judíos se bautizaran en masa al cristianismo. En ello se aplicó, entre otros, el santo Vicente Ferrer, lo que abrió el camino para que la Inquisición persiguiera la fidelidad real al cristianismo de los conversos<sup>28</sup>. El edicto de expulsión de los judíos tiene fecha de 31 de marzo de 1492. Lo firmaron el rey y la reina, los Reyes Católicos. Se argumenta que el motivo de su expulsión fue «evitar el daño que los judíos causaban a la religión católica»<sup>29</sup>. Fuera del hecho histórico, ahí queda la novela de Miguel Delibes, *El hereje*<sup>30</sup>, para certificar las persecuciones que sufrieron los conversos.

Por entonces, las expulsiones de judíos se sucedieron también en otros países, singularmente en Portugal, Francia y Alemania. En Inglaterra se habían llevado a cabo fuertes persecuciones dos siglos antes. Allí se hizo como en España: se expulsó a todos. Los judíos se vieron entonces obligados a buscar nuevos países donde vivir. El odio contra ellos seguía instalado, sin embargo, en muchos lugares.

En un principio, el fraile dominico Martin Lutero pensó atraerse a los judíos a sus tesis de reforma en contra de la Iglesia Católica. No obstante, al continuar siendo fieles a sus tradiciones, los luteranos pasaron a atacarlos. La obra de Lutero, *Sobre los judíos y sus mentiras*, constituye «un alegato feroz en contra del judaísmo»<sup>31</sup>. De nada sirvieron, por otra parte, las disposiciones del emperador Carlos V para tratar de suavizar esa situación en Alemania.

Con la Ilustración, durante el siglo XVIII, daba la sensación de que los judíos, imbricados en las nuevas sociedades modernas, eran aceptados como cualquier ciudadano más. Nadie parecía molestarles. Desde dos siglos antes, el número de judíos había crecido enormemente, de manera que en el siglo XX antes de la Segunda Guerra Mundial, se habla de una cifra de diecisiete millones de hebreos repar-

---

27 Y. Baer. *Historia de los judíos en la España cristiana*. Dos volúmenes. Altalena Editores. Madrid, 1981. Pág. 383.

28 *Ibid.* Págs. 439-441.

29 *Ibid.* Págs. 646- 651.

30 M. Delibes. *El hereje*. Austral. 2010.

31 L. Suárez. *Los judíos*. Editorial Ariel. 4.ª edición. Barcelona, 2003. Pág. 464.



tidos por todo el mundo<sup>32</sup>. Durante los siglos XVIII y XIX, la influencia de los judíos en la sociedad era muy apreciable, y aunque no eran muchos los practicantes de esa religión, todos se sentían partícipes de una tradición milenaria, que se enlazaba con los primeros patriarcas: Abrahán, Isaac y Jacob.

El período que va de finales del siglo XVIII a principios del siglo XX representa una importante transformación en la vida de los judíos. La mayoría se encontraba en el este de Europa bajo dominio ruso, aunque también había una importante comunidad en Austria. Alemania, de igual modo, era un relevante centro de comunidades judías, al igual que Polonia. La diáspora había llevado también judíos a Francia e Inglaterra. Otro considerable contingente estaba bajo el poder del Imperio Otomano, sin olvidar que había antiguas poblaciones judías que habían emigrado a Estados Unidos y a América del Sur, principalmente a Argentina. En este sentido, no conviene dejar de lado a relevantes familias como podrían ser los Rothschild, originarios de la provincia alemana de Renania, que expandieron posteriormente sus actividades financieras a París y Londres. O también los Warburg, procedentes de Hamburgo, aunque su origen se encuentra en la Venecia del siglo XVI desde donde se trasladaron a Bolonia para terminar en la ciudad de Warburg, lugar donde tomaron el nombre que les reconoce. Luego pasaron a establecerse en Hamburgo. A lo anterior habría que añadir insignes judíos como David Ricardo, Carlos Marx, Leo Trosky, Rosa Luxemburgo y otros muchos.

En este contexto de judíos en la diáspora, surge Theodor Herzl, nacido en 1860 en Hungría, el cual, después de varias actividades sin mayor relevancia, acabó con 31 años en París como corresponsal del periódico *Neue Freie Presse*, un importante medio de comunicación que defendía posiciones liberales dentro del Imperio austrohúngaro.

Con el movimiento antisemita que se produjo en Francia alrededor del caso Dreyfus, aquel militar francés degradado, ajusticiado, y perseguido injustamente, al que se le acusaba de ser un espía alemán, cuando en realidad se le rechazaba por su condición de judío. Con un comienzo militar sobresaliente, Alfred Dreyfus, a los 32 años tenía

---

32 *Ibid.* Pág. 486.

delante de sí un futuro prometedor: «La vía real se le abría delante de él. Sin embargo, antes de terminar los cursos de la Escuela de Guerra, conoce que el general Bonnefond, miembro del jurado, le desacredita con motivo de que los judíos no tendrían nada que hacer en el Estado Mayor»<sup>33</sup>. A partir de ahí comenzarán sus desgracias por ser judío.

Dreyfus no era el único caso. Muchos más se sucedieron entonces en Europa. Quizás por eso, Herzl comenzó a pensar en la necesidad de que los judíos necesitaban tener su propio Estado. Un pensamiento que se justificaba también por los violentos ataques que habían sufrido los judíos en la Rusia del zar Alejandro III diez años antes. Se dice que en aquel tiempo las comunidades judías rusas habían sufrido más de 250 *progromos*<sup>34</sup>. Esto movió a miles de judíos a escapar de Rusia, debido a lo cual un pequeño número decidió volver a Sión: aquel lugar elevado cerca de Jerusalén donde el rey David luchó contra los jebuseos, habitantes entonces del país. Lo cuenta la Biblia en el segundo Libro de Samuel: «Estos [los jebuseos] dijeron a David: “No entrarás aquí, pues te rechazarán hasta los ciegos y los cojos”. Era como decir: David no entrará aquí. Pero David tomó la fortaleza de Sión, que es la ciudad de David»<sup>35</sup>.

La vuelta a Sión, auspiciada por Theodor Herzl, no se apoyaba en un sentimiento religioso, sino que tenía un fuerte carácter político: la necesidad de tener un Estado propio. La religión, al contrario de lo que sucedió durante los tiempos bíblicos con los patriarcas del antiguo Israel, desapareció como motor de la vuelta de los judíos a la tierra prometida. Dios ya no estaba detrás de la iniciativa; como tampoco Dios era considerado el protector del pueblo judío. Ante los ataques a los judíos por todo el espacio europeo, se trataba de volver al lugar que Herzl consideraba propiedad del pueblo judío después de dos mil años de diáspora: Sión.

---

33 L. Greilsamer. *La vraie vie du Capitaine Dreyfus*. Éditions Tallandier, París 2014. Pág. 29.

34 A. Dowty. *Israel/Palestine*. Polity Press. 5.ª edición. Hoboken, NJ. Estados Unidos, 2023. Págs. 26-27. La voz *progromo* proviene del término ruso *progrom*, que alude a las matanzas y pillajes que se realizaban en contra de los judíos rusos.

35 2 Samuel (5: 6-7).

La ola de antisemitismo que se desató en muchos lugares de Europa fue el origen, por tanto, de un movimiento de carácter político que incentivaba la vuelta a Israel, al lugar que los judíos denominaban *Eretz Yisrael* (la Tierra de Israel). Un retorno, como decimos, no por impulso divino, sino por motivos de supervivencia política. El hecho tomó desde entonces profundos tintes nacionalistas. Será en ese ambiente cuando Theodor Herzl funde en Viena la Organización Sionista Mundial, cuyo primer Congreso<sup>36</sup> se llevó a cabo en Basilea (Suiza) en 1897. Su objetivo era determinante: «establecer una patria para el pueblo judío en la tierra de Israel que estuviera garantizado según el derecho consuetudinario».

La organización sionista de Herzl se heredó posteriormente con los *Amantes de Sión* (*Hovevei Zion*), una entidad fundada en Rusia en 1881 por Leon Pinsker con el mismo objetivo: construir la patria judía en Palestina: un nuevo retorno a Sión. Detrás, para lograrlo, el sionismo recibía ayuda económica de importantes financieros de origen judío; por ejemplo, del Barón Edmund de Rothschild, la rama francesa de esa importante familia<sup>37</sup>. Por supuesto, ninguno de los promotores consideraba que en Palestina vivían desde hacía siglos bajo poder otomano muchas comunidades árabes de religión musulmana (y algunas cristianas), que se oponían frontalmente a la llegada masiva de judíos y, mucho menos, al establecimiento de un Estado judío en su territorio. Aun así, entrando desde Egipto, Líbano y otras fronteras cercanas, hacia 1914 había en Palestina una población de unos cien mil judíos<sup>38</sup>.

En 1916, en medio de la Primera Guerra Mundial, la *Gran Guerra*, Inglaterra y Francia, con el apoyo de Rusia, sellaron el *Acuerdo Skyes-Picot*, que acordaba parcelar el Imperio otomano una vez ganada la guerra. El Acuerdo fue redactado por los diplomáticos Mark Skyes y Georges Picot por parte inglesa y francesa, respectivamente. Con este acuerdo, Rusia se quedaba en propiedad los estrechos de salida al Mediterráneo, mientras que Francia se hacía con el Líbano y Siria, y el Reino Unido con Irak y Jordania, haciéndose también cargo del con-

---

36 M. J. Reimer. *The First Zionist Congress. An Annotated Translation of the Proceedings*. State University of New York. Nueva York, 2019.

37 A. Dowty. *Op. cit.* Pág. 29.

38 *Ibid.* Pág. 38.

trol de Palestina. En paralelo, a su estilo, los ingleses instigaban varias revueltas árabes en la zona para debilitar a los turcos, prometiendo además a Husayn ibn Ali, emir y jerife entonces de la Meca, la creación de uno o varios Estados árabes bajo un Gobierno de corte hachemita en la zona, lo que incluía la Península Arábiga, Irak, Siria y, evidentemente, Palestina.

Ahí no terminaron las concesiones, pues, inmersos en aquella terrible guerra, en paralelo, los británicos buscaron el apoyo de los sionistas estadounidenses y los de origen ruso, llegando incluso a enviar un compromiso formal al presidente de la Federación sionista británica, Lord Lionel Rothschild, donde se indicaba que el Gobierno de su Majestad haría todos sus esfuerzos para establecer un «hogar nacional» para el pueblo judío en Palestina. Una misiva que se conoce como la *Declaración Balfour*, pues fue firmada el 2 de noviembre de 1917 por el ministro de Asuntos Exteriores del Reino Unido, Arthur James Balfour<sup>39</sup>. Un juego de cartas marcadas, que los británicos pusieron sobre la mesa con árabes de un lado, y judíos de otro, lo que sería, no tantos años después, el inicio de un enorme problema.

Ese juego a dos bandas escondía, sin embargo, una engañosa estrategia, ya que el propio Lawrence de Arabia (Thomas Edward Lawrence), tornado en «árabe» mientras hacía de enlace británico tratando de unir a las comunidades árabes en contra de turcos y alemanes, era consciente de que, con el acuerdo *Balfour* entre franceses e ingleses, el prometido Estado árabe quedaría en papel mojado en el momento en que aquellos perdieran la guerra. Aun así, Lawrence continuó en su empeño de unir a los árabes como parte de la Triple Entente (Reino Unido, Rusia y Francia) en contra de la Triple Alianza (Alemania, Italia y Austria). En su defensa hay que suponer que Lawrence pensó que si los árabes conquistaban Damasco antes que los aliados quedaría sin efecto el tratado *Skyes-Picot* y se podría organizar ese mundo árabe independiente de los británicos y sus aliados. Tal supuesto nunca ocurrió.

La Primera Guerra Mundial acabó con los imperios conocidos hasta entonces. Cayó Rusia, se destruyó Alemania, y desaparecieron el

---

39 *Ibid.* Págs. 61-62.

Imperio otomano y el Imperio austrohúngaro. Surgieron nuevas fronteras en Europa y comenzó la reorganización territorial de Oriente Medio repartiéndose el territorio entre franceses e ingleses. Un asunto que, más de un siglo después, sigue siendo, como bien conocemos, un caldero geopolítico en ebullición.

Como resultado, el Imperio otomano quedó reducido a la Turquía actual. Irak, constituido como una Liga de naciones, pasó a manos británicas. Francia se hacía con Siria y el Líbano; y Palestina, juntamente con Jordania, quedaba controlada por el Reino Unido. Sin embargo, a fin de no exasperar demasiado a los árabes, los británicos reorganizaron el territorio al este del río Jordán con un emirato semiautónomo (Transjordania), «gobernado» por Abdullah ibn Husayn, hijo de Husayn ibn Ali, el referido antiguo jerife de la Meca. Al otro hijo de este jerife, de nombre Faysal ibn Husayn, se le adjudicó el trono de Irak.

Al oeste del Jordán, haciendo frontera al norte con el Líbano y Siria, y al sur con Egipto, se constituyó la nueva Palestina. Un asunto que enervó a los sionistas que allí habitaban, en tanto que el Israel bíblico incluía el East Bank<sup>40</sup> adjudicado entonces a Jordania, mientras los árabes palestinos, descontentos con razón, criticaban el haber separado Transjordania de Palestina. Una decisión de ruptura en dos zonas, con unas nuevas fronteras definidas arriba y abajo, que los británicos sacaron adelante en 1922 a partir de su aprobación en la Sociedad de Naciones<sup>41</sup>. No hay que decir que las supuestas tesis del «árabe» Lawrence de Arabia, pensando en una comunidad de Estados árabes, caían en saco roto. Mandaban y decidían los que habían ganado la guerra, el resto no tenía opinión.

La nueva Palestina fue desde el principio el caldo de cultivo de un enorme conflicto. Parecía que se volvía a los tiempos anteriores del rey Herodes. La diferencia era que, en lugar del Imperio romano, se trataba de los aliados, principalmente franceses e ingleses, los que buscaban dar solución a un Estado judío en la zona y, a la vez, organizar un sistema de autogobierno para los habitantes de un país que llevaban siglos allí; los cuales, por otra parte, se oponían, con toda lógica, a

---

40 Lo que sería conocido como Cisjordania.

41 <https://www.ungeneva.org/es/about/league-of-nations/overview>.

la creación de tal Estado judío. Roma era un imperio, los aliados vencedores de la Primera Guerra Mundial solo eran potencias coloniales. Una gran diferencia. Unas decisiones que dieron paso a un problema de enormes proporciones, como puede verse hoy en pleno siglo XXI.

El entonces nuevo secretario británico para las Colonias, Winston Churchill, para abundar aún más en la frustración de unos y otros, publicó un documento en el que explicaba que la propuesta del «hogar nacional» ofrecido por la *Declaración Balfour*, no significaba en absoluto la creación de un nuevo Estado judío en la zona, sino que se trataba de aceptar la llegada de inmigrantes judíos allá hasta un número determinado. Una propuesta que no aceptaban los judíos ni, por supuesto, los árabes de la zona, que no querían ver a su «país» repleto de cientos de miles de judíos. El resultado fue el inicio de una confrontación que hoy se presume secular.

Este estado de cosas, el Tratado de Versalles firmado en 1919, que impuso unas condiciones inasumibles a la derrotada Alemania, unido a un creciente antisemitismo por toda Europa, vino a complicar mucho más la vida del disperso pueblo judío. No hay que olvidar que la población judía se había reducido a causa de la Primera Guerra Mundial más de un tercio, y que las migraciones judías a Palestina habían aumentado muy considerablemente, superando quizás las 700.000 personas<sup>42</sup>. De manera que, con la llegada de los nazis al poder en Alemania, los ataques contra los judíos se hicieron casi permanentes. Entretanto, sionistas y árabes palestinos iniciaban sus escaramuzas en una tierra de nadie, pues la región estaba dominada por los británicos. Es aquí cuando surge la figura de David Ben-Gurión asegurando que: «Nosotros y ellos queremos lo mismo. Ambos queremos Palestina»<sup>43</sup>.

Quizás conviene en este momento hacer un breve apunte sobre este personaje, dada la importancia que tendrá en la creación del futuro Estado de Israel. En 1910, con 24 años, Ben-Gurión, de origen polaco, fue de los primeros en marchar a Palestina para establecer comunidades judías agrícolas bajo un modelo sionista. Pensaba que estas

---

42 *Ibid.* Pág. 64.

43 S. Teveth. *Ben-Gurion and the Palestinian Arabs, from Peace to War*. Oxford University Press. Nueva York, 1985. Pág. 166.

comunidades crearían un sentimiento nacionalista fuera de los guetos judíos tradicionales. Ben-Gurión era un socialista convencido: consideraba que las comunas agrícolas israelíes, los *kibutz*, serían la base de un futuro Estado judío en la zona.

Posteriormente, Ben-Gurión se verá envuelto en la Primera Guerra Mundial tratando de organizar brigadas armadas judías en contra de los turcos, yendo incluso a Estados Unidos para buscar fondos y así unirse a las fuerzas británicas que luchaban en la guerra. Dado su escaso conocimiento del inglés, Ben-Gurión iba hablando *yiddish*, aquel idioma que usaban las comunidades askenazis del este de Europa, lo que no fue bien recibido por los judíos americanos. Sin embargo, gracias a la ayuda de la entonces jefa de los sionistas de Milwaukee, Golda Meir, pudo atraerse a relevantes personas a su causa<sup>44</sup>. En 1948, Ben-Gurión se convertirá en el primer ministro del Estado de Israel. Golda Meir será elegida para el mismo cargo en 1969.

No conviene olvidar que durante centurias se consideró que los judíos fueron los que mataron a Jesucristo, lo que en muchos ambientes cristianos motivó una fuerte animadversión en su contra. En otros lugares, sin embargo, el hecho religioso no estuvo detrás de lo que levantó a las masas contra los judíos, como fue el caso del nazismo desde sus orígenes.

Sorprendentemente, en Alemania, después de la guerra mundial de 1914-1918, los judíos tuvieron un papel muy importante en la reconstrucción del país. A su término, por ejemplo, Hugo Preuss, miembro del Partido Democrático Alemán (DDP), ministro del Interior del nuevo Gobierno, fue quien redactó el primer borrador de la Constitución Weimar; y otro judío, Walter Rathenau, hijo de Emil Rathenau, fundador de la conocida empresa AEG (Allgemeine Electricitäts-Gesellschaft), fue el ministro para la Reconstrucción y ministro de Asuntos Exteriores de la República de Weimar. Walter sería finalmente asesinado después de firmar el llamado *Tratado Rapallo*<sup>45</sup> con Rusia; aquel acuerdo de cooperación entre Rusia y Alemania, que se firmó en la localidad italiana de Rapallo el 16 de abril de 1922.

---

44 N. Cantor. *Op. cit.* Pág. 295.

45 [https://es.wikipedia.org/wiki/Tratado\\_de\\_Rapallo\\_\(1922\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Tratado_de_Rapallo_(1922)).